

RASTRO DEL FUEGO

La poesía exige incandescencia,
vivir, o haber vivido, entre las llamas,
bajar al propio infierno sin más guía,
haber mirado el mar sin esperanza
y conservar, al menos, un puñado
de cenizas que aún quemen en el alma.



VIVIR

Vivir es este vértigo infinito,
esta tormenta de melancolías;
caer tan solo, hundirse en el silencio
de unas pálidas ruinas olvidadas
en el fondo del agua de algún lago.

Vivir es ir cayendo en este abismo,
¿y cómo detenerse, un solo instante,
a mirarse en los ojos de otra sombra,
esperando que al fin llegue a nosotros
una imposible luz que nos redima?



INFIERNO, CANTO IX

Creía que me estabas esperando
más allá de aquel aire sin señales;
de las arenas grises que cubrían
los tejados vacíos del recuerdo,
las llanuras de piedra sin final.
Pensé que me estarías esperando
más allá de la sombra y la ceniza,
de la sed, del cansancio y de mi miedo.
Y seguí andando por si te encontraba.



REGRESO

Volví por ti del hielo y de las llamas,
atravesé los ojos de las Furias
y alcancé la otra orilla de la Estigia.
No renuncié a la sed de mi nostalgia;
beber no quise el agua del olvido
ni abandonar tu sombra al otro lado.
Mil veces regresé. Me enfrenté sola
al bosque oscuro y sus atroces monstruos
por recobrar la senda entre la niebla
que mueve el sol y esconde los infiernos.